



# ¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

Por Hugo Montes

Con el título de estas líneas ha nacido una colección de escritos autobiográficos auspiciada por la Agrupación Amigos del Libro. Buena agrupación, sin duda, de las que no suelen prodigarse en nuestro medio, a las que hay que agradecer media docena de publicaciones breves e importantes. Nada significa que el nombre de la colección no sea muy original: es conocido el volumen *Quién es quién en las letras españolas*, del Instituto Nacional del libro español, y abundan los diccionarios y los apartados periodísticos de igual o similar título. Lo que cuenta es que los trabajos mismos tienen un sello personal, se dejan leer con facilidad y traen datos, observaciones y reflexiones de valor.

Todos presentan un carácter oral propio de su nacimiento de charla. El auditorio se supone cordial, dado el tono de confianza, lindante a menudo con el humor y la ironía. Son libros para oír, no sólo para leer. El lector participa, así, de una audición a la que no pudo acudir personalmente, y esto lo hace sentirse bien, en un ambiente casi amistoso. Libros, entonces, son estos, dichos antes que escritos, dirigidos a unas cuantas personas y no a una pluralidad indefinida de destinatarios anónimos. Scarpa, jugando con las palabras, sustituye a su autobiografía "La palabra en ciela", la que sí alude a la transcripción mecánica de la voz podría entenderse a las seis publicaciones. Otra alusión no tiene mayor cabida, ya que pocos escritos tan desembarazados como éstos, desparpajados incluso, fluidos, seguros de sí mismos.

Lo último tiene significación. Estos escritores hablan sin la menor inhibición, ciertos de entregar un mensaje que merece ser escuchado. No sólo eso, sino también conscientes de que están presentando un estilo de vida, una posibilidad de entender la existencia propia que es distinta, más variada y entretenida que la común y corriente. El lector audir no puede menos que sentirse esperanzado, alegre: sí, el vivir no tiene por qué ser tan tedioso, ni tan puntual ni tan sistemático y organizado como se le ve en la cotidianidad. Regalo que hay que agradecer muy de corazón a quienes supieron liberarse de la majadería trivial, de las exigencias a menudo injustas de una sociedad torpe y hasta cruel.

Leer estas autobiografías es convivir un poco en auténtica comunión con quienes escogieron para sí y ejemplarmente para todos la libertad de espíritu, el desahucio de lo material y de las metas que vulgarmente nos son propuestas por la mala tradición.

Variados, desiguales también en su calidad, son estos seis de la Agrupación Amigos del Libro. Hay una mujer —Gabriela Lenzetti— y cinco varones: Roque Esteban Scarpa, Miguel Arteche, Julia Flores, M. Francisco Mesa Soto y Jaime Quezada. Ya M. F., no importa si portas o proletas; si de la capital o de provincia; si jóvenes o no tanto. Lo que importa es la palabra y la vida personales en la literatura, hechas literatura.

No son vidas amargas ni de amargadas, aunque las dificultades hayan arreciado hasta lo increíble, por ejemplo en la infancia de Julia Flores; y aunque el éxito haya llegado hasta por ahí no más, en premios menores, en ediciones magras, en críticas esquívas. Es que estás en juego otra escala de valores, una visión diferente, algo que no se mide ni se cuenta como las monedas. Ni hay tampoco mucha afluencia de mundos perdidos e idealizados a la distancia. Un poco de esto en la mirada nostálgica de Quezada a la Concepción de sus años de estudiante. Pero el mismo autor, por seguir con su caso, tal vez el más atrayente

de todos, se extiende de preferencia por sus experiencias de México y de la América Central, cerca de Octavio Paz, Cornel Urtecho y Ernesto Cardenal, cerca de los hombres del maíz y de los grandes lagos de Nicaragua, donde halló una paz que no conocía, donde supo vitalmente del amor de entrega y de servicio. Se confiesa ahora como un hombre religioso, puro de corazón, lector de San Juan de la Cruz, con un ideal eremítico en medio del mundo, amante de la soledad, el ocio y la naturaleza. Textualmente: "Porque en una época de muchedumbres, de avisos comerciales, de neuróticos a cada paso, yo procuro vivir eremiticamente. Pertenezco a las catacumbas, a los patios medievales, a la música barroca, a las lecturas de San Juan de la Cruz. ¿Qué otra cosa puede hacer un poeta joven, o ya no tan joven? Irse a la montaña. Allí se puede ser solitario y libre".

Soledad que no excluye la solidaridad, libertad que implica un crecimiento interior capaz de poner atajo a las demandas de la sociedad de consumo. Necesidad de ascender a la montaña donde se escuchan voces distintas y desde donde lo pequeño no se ve. Ideal estético y también ideal ético que coexiste sin la menor actitud de *déjà vu* un poeta sobrio y suelto de palabra, sencillo, sabiamente interesado en remontar más allá de su tiempo, de su yo, de su generación repartida por muchos continentes.

Más teórico resulta Arteche, muchas de cuyas observaciones cuentan por toda una poética: "La experiencia poética no depende del tiempo cronológico, sino de la intensidad con que el poeta haya fundado esos fragmentos dispersos que rondan por su memoria cuando se pone a escribir". Afade de inmediatas noticias de su propio quehacer artístico: "Casi todos mis poemas logrados nacen de una situación muy concreta, muy real, a veces, cotidiana: un restaurante, un comedor abandonado, una bicicleta, una cuna, una ciudad, un anciano, un niño, un viaje, Cristo, la Virgen, un aeropuerto, un epiléptico, un perro, un último, un joven torturado, etc. Siempre he partido de situaciones muy concretas, muy reales, que, apenas planteadas en el primer verso, pasan de inmediato a otro plano —ese plano mítico al cual me refería antes—, y de éste a otro".

Actitud, añadimos nosotros, que sólo puede apreciarse plenamente si se mantienen la juventud del corazón y la capacidad para mirar cuanto nos rodea con ojos de novedad.

La poesía sigue viva en Chile, y si no se la aprecia más es porque los lectores se hacen viejos de adentro, se habitúan a la grandesa de cuanto existe, al milagro de la vida. Nada más grave que acostumbrarse a lo que debería ser siempre causa de sorpresa, un árbol por ejemplo, un niño, la tarde, el guijarro. Quizás sea ésta la labor de los poetas del día: enseñar a ver la fuerza y la belleza de lo cotidiano, a descubrir la novedad de lo no novedoso.

Al lado de estas y otras visiones semejantes, quedan como letra muerta los recuerdos externos de una mención honorífica, de un prólogo más o menos obligado, del cambio de ciudad o de editorial. También los radens y los apuntes a que algunos de los escritores se inclinan: "Ahora diré", "paso a contar". Sobran también a veces las afirmaciones demasiado enfáticas acerca del ser tan franco o tan claro. Quizás sea mejor mostrar en la historia la franqueza y la claridad que pregonaría en abstracto.

Felicitmente no son estos hechos los que predominan. Por el contrario, sobresale el decir directo y sin ambages, visionario, entretenido y grande, poético, vital.

Ed. Maelström, S.l.a. 12-III-1978 p. 111

# ¿Quién es quién en las letras chilenas? [artículo] Hugo Montes.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Montes, Hugo, 1926-2022

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

¿Quién es quién en las letras chilenas? [artículo] Hugo Montes.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile